

## Homilías Domingo Tercero de Adviento (Ciclo C)

### + Lectura del Evangelio según san Lucas

*En aquel tiempo, la gente preguntaba a Juan: «¿Entonces, qué hacemos?» El contestó: «El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo». Vinieron también a bautizarse unos publicanos y le preguntaron: «Maestro, ¿qué hacemos nosotros?» El les contestó: «No exijáis más de lo establecido». Unos militares le preguntaron: «¿Qué hacemos nosotros?» El les contestó: «No hagáis extorsión ni os aprovechéis de nadie, sino contentaos con la paga». El pueblo estaba en expectación, y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos: «Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará con Espíritu Santo y fuego; tiene en la mano el bieldo para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga». Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba la Buena Noticia.*

### Palabra del Señor

#### Homilías:

(A)

*“Entonces, estamos ante un problema. No puedo ayudarte mientras tú consideres que tienes las ovejas suficientes”.*

(Paulo Coelho)

Me ha venido al recuerdo esta frase de Paulo Coelho, al leer el Evangelio de este tercer Domingo de Adviento. Todo el mundo estaba tranquilo hasta que apareció Juan en el desierto. Su predicación como que despertó las conciencias y todos empezaron

a sentirse incómodos con ellos mismos: la gente, los publicanos, los militares.

Todos hacían la misma pregunta: “¿Y nosotros qué tenemos que hacer?”

Uno de los mayores problemas que todos arrastramos es que “tenemos suficientes ovejas”. Todos tenemos demasiadas razones para no cambiar. Todos tenemos demasiadas seguridades para esperar que alguien venga a proponernos algo nuevo.

Y para ver lo nuevo también hay que tener ojos nuevos. Ojos que duden de lo que ya ven, pero que no lo ven todo. Hay que convencerse de que, por mucho que hayamos visto, siempre queda mucho más por ver.

Al menos, todos debiéramos caer en la sospecha de que no lo tenemos todo, ni somos todo lo que pudiéramos ser. Es difícil pensar en algo distinto, en tanto no seamos capaces de preguntar y preguntarnos “*y nosotros qué tenemos que hacer?*”

Alguien dijo hablando de los creyentes que era preciso partir del principio de “*no estar tan seguros, al menos no dar por hecho, que el Dios de nuestra fe es el Dios de Jesús*”.

Muchos esposos están ante un grave problema.

Muchos padres están ante un grave problema.

Muchos adictos a la droga están ante un grave problema.

Muchos buenos están ante un grave problema.

Es posible que todos estemos ante un grave problema.

Y no se trata de que no queramos ayudarnos los unos a otros.

Yo estoy convencido de que todos tenemos mucha capacidad de ayuda.

Y de que todos pudiéramos hacer mucho los unos por los otros.

Pienso que la verdadera dificultad está en que precisamente la gente no se deja ayudar.

Ese es el verdadero obstáculo para cualquier ayuda. Y no se dejan ayudar “*porque tienen demasiadas ovejas*”. Están demasiado satisfechos.

En su corazón ya no hay preguntas.

Y cuando no hay preguntas en el corazón, tampoco se necesitan respuestas.

*La mayoría de los esposos no se dejan ayudar:*

porque ellos ya lo saben todo,  
porque ellos siempre tienen la razón,  
porque además, ellos ya se sienten suficientemente bien.

Digamos que “*ya tienen las ovejas suficientes*” y no necesitan más.

Su rebaño colma todas sus aspiraciones.

*La gran mayoría de los hijos no se dejan ayudar:*

porque los demás no van a entenderles. Digamos que no les van a dar la razón.

porque los demás compañeros son para ellos la mejor escuela.  
porque los demás tienen una libertad que sus propios padres no están dispuestos a concederles.

Ellos ya han visto demasiado. Ya han vivido demasiado.

Además ellos pertenecen a otra época más moderna.

También ellos “*tienen ya suficientes ovejas*”.

*La gente, y la gente solemos ser todos o casi todos:*

tiene demasiadas cosas y muy pocas aspiraciones,  
tiene demasiadas ideas prefijadas a las que no quiere renunciar.  
tiene demasiados esquemas de vida hechos que no necesita que nadie le venga con consejos a inquietarle.

Sí, también la gente “*tiene ya suficientes ovejas*” ¿y para qué más?

*Hasta los buenos “tienen ya suficientes ovejas”:*

Ellos ya han rezado suficiente.

Ellos ya han ido a misa suficiente.

Ellos ya han comulgado suficiente.

Ellos ya han hecho suficientes caridades.

Ellos ya han leído suficiente de religión.

Un amigo mío, que un día vino a buscarme, me dijo de frente: “la verdad es que no sé a qué vengo. Porque mira, Juan, yo creo que soy un buen cristiano y un buen creyente”.

No suelo hacerlo, pero aquel día, creo que me sentí inspirado y me levanté de inmediato diciéndole: “perdóname..., pero yo tengo mucha gente que me espera porque no es ni suficientemente mala, ni suficientemente buena. Y tú no me necesitas”.

Mi reacción debió de sacudirlo interiormente porque me pidió lo atendiese, aunque no fuese sino unos minutos. Recuerdo que, posiblemente fui muy tajante y le dije: Mira, tú no eres:

ni suficientemente malo, para ser malo,  
ni suficientemente bueno, para ser bueno,  
ni suficientemente santo, para ser santo.

Sencillamente eres un cristiano satisfecho. Y los cristianos satisfechos ya han renunciado a ser mejores.

Otro día hablamos ¿quieres?

Desde entonces, cuando me llama por teléfono o me busca, siempre me dice: “*quiero que atiendas a un cristiano que es insuficiente en todo*”. Ahora suelo atenderlo cada quince o veinte días.

## (B)

La vida es insoportable, le decía un emigrante a su párroco. Estamos viviendo nueve personas en un cuarto. ¿Qué debo hacer? El párroco le contestó: meta la cabra también con ustedes en el cuarto.

Eso no puede ser.

Haga lo que le digo y venga a verme al final de la semana.

El emigrante regresó el día indicado y dijo: No podemos aguantar.

La cabra es sucia y el olor es insoportable.

Vaya a casa. Saque la cabra y vuelva a verme al final de la semana.

Cuando regresó, nuestro emigrante estaba radiante. La vida ahora es hermosa. No hay cabra. Sólo nosotros nueve. ¡Qué felicidad!

La cabra le ayudó a aquel hombre y a su familia a hacer memoria de las bendiciones recibidas. Una pequeña dosis de sufrimiento nos ayuda a estar en nuestro sitio, a ser humildes y agradecidos.

Hoy, hemos prendido la tercera vela. Esperanza, paz y alegría.

*"Grita de gozo, oh hija de Sión". "Alégrense en el Señor en todo tiempo."*

Cuando os pregunto a vosotros: ¿cómo estáis?

Muchos respondéis: con achaques mil, pero vivo,

...sin blanca, pero vivo,

...con deudas, pero vivo...

Es fantástico estar vivo: respirar, tener una esposa e hijos, tener una casa en la playa...y tener una iglesia en \_\_\_\_\_.

Pero aquí venimos a celebrar otra manera de estar vivos, vivos en el Señor.

Pero aquí venimos a recuperar otra alegría: la alegría en el Señor.

Pero aquí venimos a sanar otras enfermedades: las del corazón.

Y a heredar la vida eterna con el Señor.

Aquí venimos a preguntar a Juan Bautista:

*¿Y nosotros qué debemos hacer?*

La respuesta de Juan es sencilla, nada de grandes discursos abstractos, y hace referencia a la vida de cada día, al trabajo de cada día, a las relaciones de cada día.

"Él que tenga dos capas dé una al que no tiene. No cobréis más de lo debido. No abuséis de la gente. No hagáis denuncias falsas".

¿Qué debemos hacer nosotros? Esta pregunta no se refiere al pasado, sino al futuro.

Nuestro pasado está ahí con nosotros. La lista de cosas que hemos hecho es larguísima. Tú conoces tu lista. Tú llevas tus cicatrices.

En tu lista hay una esposa engañada, un matrimonio roto, un fraude, un brujo visitado...

La gran tentación nuestra es la de mirar al pasado, sentir su peso, vivir encadenado.

¿Qué debemos hacer hoy?

Juan les respondía para vivir el presente y el futuro.

A nosotros también nos responde hoy. Nos invita a mirar hacia delante, a romper con el pasado, a sacudirnos el peso muerto de nuestra vida muerta.

¿Qué debemos hacer hoy?

Mirar al futuro. No hacer sufrir a nadie. No escandalizar ni maldecir a nadie. No deber nada a nadie.

¿Qué debemos hacer hoy?

Estamos aquí porque queremos ser cambiados, porque queremos revestirnos con el amor de Dios, porque queremos transformar nuestras cicatrices, porque queremos nacer de nuevo.

Debemos hacer justicia.

Debemos amar más para sufrir menos.

Debemos dejarnos rebautizar por el Espíritu de Jesús.

Debemos quemar nuestro pasado en el fuego purificador del bautismo en el Espíritu.

Debemos acoger a Jesús en nuestro corazón y él nos dará el valor de abrirnos a los demás y hacer las obras del amor.

El pasado con su haraganería es la paja que el Señor quiere quemar en su era y el trigo, es el hoy, es el deseo sincero de conversión. El pasado es la cabra que hiede y que hay que despachar porque hace la vida insostenible. El hoy es "la vida es hermosa", porque nos amamos, porque Jesús está presente, y Él hace el milagro de unas relaciones justas, amables, fraternas. No cabra. Sólo nosotros y el Espíritu de Jesús.

¿Qué debemos hacer hoy?

No podemos negar nuestros pecados. Pero Dios los puede cancelar.

No podemos ocultar las heridas que nos han hecho los esposos, los hijos...pero, con la ayuda de Dios, podemos vivir con ellas y abrirnos a los hermanos.

Hoy, debemos hacer obras buenas, obras de amor, salir de nuestro encierro y mirar al Señor que viene, salir y encontrar al Mesías en los hermanos.

(C)

**¿Qué hacemos nosotros?**

Los medios de comunicación social nos informan cada vez con más rapidez y precisión de toda la realidad que acontece entre nosotros. Conocemos cada vez mejor las injusticias, las miserias y los abusos que se cometen diariamente en nuestra sociedad.

Esta información crea fácilmente en nosotros un cierto sentimiento de solidaridad con tantos hombres y mujeres, víctimas de una sociedad egoísta e injusta. Incluso puede provocarnos un sentimiento de vaga culpabilidad. Pero, al mismo tiempo, acrecienta nuestra sensación de impotencia.

Nuestras posibilidades de actuación son muy exiguas. Todos conocemos más miseria e injusticia de la que podemos remediar con nuestras fuerzas. Por eso es difícil evitar una pregunta en el fondo de nuestro corazón ante la visión de una sociedad deshumanizada:

«¿Qué podemos hacer?». ¿Qué puedo hacer yo ante problemas mundiales que desbordan totalmente mis posibilidades?

¿Cómo puedo colaborar yo a que también entre los pueblos de la tierra se cumpla la invitación del Bautista: **«El que tenga dos túnicas que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo»**? Es una respuesta que nos pone a cada uno frente a nuestra propia verdad.

No es fácil escuchar estas palabras sin sentir un cierto malestar. Se necesita valor para acogerlas. Se necesita tiempo para dejarnos penetrar por ellas. Son palabras que hacen sufrir.

Son palabras que hacen pensar:

¿Queremos seguir satisfaciendo nuestras necesidades y desarrollando nuestro bienestar en un proceso que no tiene fin, sin preguntarnos nunca a costa de quién lo estamos haciendo?

¿Estamos dispuestos a comprar más caros los artículos importados de los países más pobres para remunerar de manera más justa a los que los producen?

¿Estamos dispuestos a pagar impuestos más elevados para que los poderes públicos puedan desarrollar una política más eficaz al servicio de los más necesitados?

¿Estamos dispuestos a vivir de manera más austera, no para tener más y ahorrar en previsión de que puedan llegar tiempos peores, sino para que pueda avanzarse hacia un nuevo orden internacional más solidario?

¿Estamos dispuestos a sostener con nuestro dinero y nuestra participación activa aquellas instituciones e iniciativas que cooperan hoy de diversas maneras en favor de los pueblos más oprimidos de la tierra?

Aquí se termina nuestra falsa «buena voluntad». Aquí se revela el fondo de nuestro corazón. Aquí se diluye nuestro sentimentalismo religioso. ¿Qué podemos hacer? Sencillamente, compartir lo que tenemos con los que lo necesitan. Así de simple. Así de claro.

Muchas de nuestras discusiones y controversias sociales y políticas, muchas de nuestras protestas y gritos, que con frecuencia nos dispensan de nuestra actuación personal, quedan reducidas, de pronto, a una pregunta muy sencilla: **¿Nos atreveremos a compartir lo nuestro con los necesitados?**

Casi inconscientemente, todos creemos que nuestra sociedad será más justa y humana cuando cambien los demás y cuando se transformen las estructuras sociales y políticas que nos impiden ser más humanos.

Y, sin embargo, las sencillas palabras del Bautista nos obligan a pensar que la raíz de las injusticias está también en nuestro corazón. Las estructuras reflejan demasiado bien el espíritu que nos anima a cada uno. Y reproducen con mucha fidelidad la ambición, el egoísmo y la sed de poseer que hay en cada uno de nosotros

(D)

**El egoísmo, un cáncer de nuestros días**



Según el evangelio de hoy la gente pregunta a Juan ¿qué es lo que debían hacer?...

Y Juan en resumidas cuentas les responde que no sean egoístas... ¿Quién os parece a vosotros que es una persona egoísta?... Más o menos todos estaremos de acuerdo en que se trata de una persona que nunca piensa en los demás, que sólo piensa en ella y nada más que en ella.

La escritora Concepción Arenal dice: “El que no piensa más que en sí mismo no puede ser querido por nadie; y el que no es querido por nadie no es feliz”.

Viviríamos mejor, e incluso gozaríamos de buena salud, según dicen los médicos, si nos liberáramos de nuestros egoísmos, si pensáramos menos en nosotros mismos y más en los demás...

Una persona me contaba el siguiente hecho: “Un hombre ya mayor, tenía un hijo que insistía en que se le hiciese en vida donación de todos sus bienes. Razonaba de esta manera: papá, es hora de que descanses. Yo podría llevar, con tu consejo, la administración de todos tus bienes.

El padre se lo pensó y al final le pareció razonable. Y fue al notario he hizo donación de todos sus bienes a su hijo.

Al poco tiempo el trato en casa empeoró; el padre ya no contaba como antes y poco a poco lo fueron arrinconando.

Un amigo suyo lo visitó y lo vio deprimido, triste y desengañado de los suyos. Pasaron unas semanas y el amigo fue a verlo de nuevo, esta vez con un maletín: “Me parece que he encontrado la solución... le dijo”. Y abriendo el maletín, sacó una caja de metal llena de piedras de río, diciéndole:

- Cuando oigas que alguien se acerca a la puerta de tu habitación, tú mueves la caja, que hará un ruido como si de monedas se tratara. Has de tener la precaución de que nunca descubran lo que hay en la caja.

Y el hombre puso en práctica el consejo de su amigo...

A los pocos días, su hijo le pedía el parecer sobre ciertos asuntos... su nuera en la mesa le servía antes que a nadie... los nietos le hacían caricias. Y un día el hijo le dijo:

- Padre, deberías decirme qué guardas en esa caja que tienes...

El padre le contestó: “El día que yo me muera, ya lo sabrás”.

Hermanos: si vivimos entre egoístas, toda precaución es poca...

Sí, hermanos, el egoísmo es uno de los cánceres que envenenan nuestra convivencia y por tanto nuestra vida...

Desde el "E mío"... de los niños... A esas luchas interminables entre los adultos por culpa de una herencia, un solar, o unas tierras... Nos pasamos la vida en una lucha continua...

Si se suprimiera del vocabulario la palabra "mío" se acaban el 99% de los problemas que tenemos...

De ahí que la recomendación de Juan Bautista nos viene como anillo al dedo...

El Bautista llama a la solidaridad a quienes le preguntan qué deben hacer... Nosotros nos preguntamos hoy lo mismo...

La respuesta es cambiar nosotros y luego, al mismo tiempo, presionar para que este mundo injusto cambie...

No nos vaya a pasar lo de aquel revolucionario que rezaba a Dios de esta manera:

- *"Señor, dame fuerzas para cambiar el mundo".*

*A medida que fui haciéndome adulto y caí en la cuenta de que me había pasado media vida sin haber logrado cambiar a una sola alma, transformé mi oración y comencé a decir:*

- *"Señor, dame la gracia de transformar a cuantos entran en contacto conmigo. Aunque sólo sea a mi familia y a mis amigos. Con eso me doy por satisfecho".*

*Ahora, que soy un viejo y tengo los días contados, he empezado a comprender lo estúpido que yo he sido. Mi única oración es la siguiente:*

- *"Señor, dame la gracia de cambiarme a mi mismo".*

*Si yo hubiera orado de este modo desde el principio, no habría malgastado mi vida.*

Hay que empezar por uno mismo...

Y es muy bueno escuchar el consejo de Susana Tamaro: "Cada vez que al crecer tengas ganas de convertir las cosas equivocadas en cosas justas, recuerda que la primera revolución que hay que realizar es dentro de uno mismo. La primera y la más importante. Cada vez que te sientas extraviado, confuso, piensa en los árboles. Recuerda su manera de crecer. Recuerda que un árbol de gran copa y pocas raíces es derribado por la primera ráfaga de viento,

en tanto que un árbol con muchas raíces y poca copa, a duras penas deja circular su savia... Raíces y copa han de tener la misma medida. Sólo así podrás ofrecer copa, sombra y reparo. Sólo así al llegar la estación apropiada podrás cubrirte de flores y de frutos”.

Ya sabemos: revolucionemos nuestra forma de pensar. En lugar de ver las cosas desde aquí, miremos las cosas desde la situación de quien ha tenido que embarcarse en una patera. Seguramente que nuestras conclusiones serán distintas. Nosotros, esperando que nos toque la lotería... Ellos simplemente queriendo sobrevivir.

**P. Juan Jáuregui Castelo**